

Del Rey su hermano y la Reina,  
Y del moro Bajamed,  
Por quien el Rey le destierra.  
Solo va, aunque pensativo,  
Formando entre sí querellas  
Contra fortuna de amor,  
Contra Cupido mil quejas.  
A todo paso camina,  
Porque la noche serena  
Va desencerrando el sol  
Y acrecentando su pena.  
Perdió de vista á Granada,  
Y cuando no pudo vella,  
Dice al cielo suspirando:  
«¡Ay del ay que al alma llega!»  
A la orilla de Genil  
Detuvo un poco la yegua,  
Y á sus peregrinos ojos  
Les ruega que el agua viertan.  
Allí entretuvo la noche,  
Y entre sí mil veces piensa  
De olvidar á quien le olvida,  
Y amar á quien del se acuerda.  
De pechos sobre el arzon,  
La mano en el pecho puesta,  
Vertió sus fuentes el moro,  
Y el río sus fuentes lleva.

(Romancero general.)

## 101.

AMORES DE MUZA.—XVI.

(Anónimo.)

Marlotas de dos colores  
De verde claro y morado,  
Bordadas de fino aljófar,  
Sembradas de muchas manos  
Asidas unas de otras,  
Firme amistad señalando;  
Bonetes á la turquesca  
Encima de fuertes cascos  
Debajo de las marlotas  
De mallados fuertes jacos,  
Que aunque van á lo galan  
Iban á un honroso caso,  
En dos caballos overos  
Con furia el suelo pisando,  
Y con dos dorados frenos  
Blandamente gobernados:  
Las lanzas llevan tendidas,  
Los brazos arremangados,  
Adargas en los arzones,  
Y por divisa dos manos,  
Asidas una de otra,  
La de un moro y un cristiano,  
Con una letra que dice:  
«Hasta la muerte te guardo.»  
Se sale el fuerte Maestre  
Y Muza el enamorado,  
Que el amor de Sarracina  
Los lleva así disfrazados:  
Al uno llevan amores,  
Otro de amistad los lazos,  
Y así entraron en Granada  
Para su fin deseado.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

## 102.

AMORES DE MUZA.—XVII.

(Anónimo.)

Cuando salió desterrado  
De la ciudad de Granada  
El fuerte y valiente Muza,  
Por el Rey que en ella estaba,  
Desterráronle traidores  
Envidiosos de su fama,

Porque en armas y en amores  
Ninguno se le igualaba.  
Servía una dama el moro  
Que era la flor de Granada,  
Mas hermosa que Jarifa,  
Mas que Fátima extremada.  
Quitósele el rey Chiquito,  
Y con ella se le alza;  
Y no contento con esto  
Desterróle de Granada.  
A ella puso en un castillo,  
Que Vivarrambra se llama;  
Entregósele á su alcaide  
Para que la tenga en guarda.  
El rey Chico cada día  
Tres veces va á visitalla,  
Y delante del castillo  
Armaba juegos de cañas  
Para que Zaida los viera,  
Que así se llama la dama.  
Mas cuando Zaida lo supo  
Un correo despachaba  
Para avisar desto á Muza,  
Que con el Maestre andaba.  
La brevedad del correo,  
Que Zaida á Muza despacha  
Fué tal, que en muy breve espacio  
Le dió al moro la embajada,  
El cual con el buen Maestre  
Se partieron á Granada,  
Solos los dos caballeros  
Con gruesas lanzas y adargas,  
Y de una misma librea,  
Como para jugar cañas.  
Mas debajo dellas traen  
Muy fuertes y ricas armas.  
Por un camino secreto  
Entraron dentro en Granada:  
A tal tiempo y coyuntura  
Llegan los dos á la plaza,  
Que la flor de caballeros  
De la corte de Granada  
Entran por ella corriendo,  
Haciendo grande algazara,  
Diciendo en algarabía:  
«Fuera, fuera, aparta, aparta.»  
Zaida en un rico sillón  
Allí las fiestas miraba.  
Muza luego que la vido  
Y el Maestre que allí estaba,  
Arremeten con gran furia,  
Y á pesar de la compañía  
La sacaron del sillón,  
Y el Maestre la llevaba.  
Muza luego con gran furia  
Hace lugar por do pasan,  
Y á pesar de todos ellos  
La sacaron de Granada,  
Tornando su regocijo  
En llanto toda Granada.

(Códice del siglo XVII.)

## 103.

AMORES DE MUZA.—XVIII.

(Anónimo.)

Cuando las veloces yeguas,  
Al son de trompas y cajas,  
Parece que desempiedran  
La plaza de Vivarrambra,  
Todo es marlotas, bonetes,  
Capellares, tocas, bandas,  
Argentados borceguies,  
Plumas, volantes y galas:  
Estas fiestas se hacían  
A la hermosa Daraja,  
Y el Rey está mas contento  
Que cuando ganó á Granada.

Sola Sarracina, sola  
Está temiendo y turbada,  
Hasta que el valiente Muza  
Cumpla su palabra dada.  
No tarda el gallardo moro,  
Que ántes que la noche clara  
Se manifieste á los hombres,  
Y Apolo esconda su cara,  
Viene á interrumpir las fiestas  
Y á publicar su venganza,  
Y en lugar de galas viste  
Ante duro y dura malla.  
Bien acompañado va,  
Pues sabe el mundo que basta  
Para conquistar mil reinos  
Sola una cruz colorada.  
El traje morisco lleva  
El Maestre que en España  
Dió tanto ser y valor  
A la gente castellana.  
Llegan de presto al balcon,  
Donde Sarracina aguarda,  
Tan turbada y temerosa  
Como la ciudad lo estaba;  
Y sin aguardar un punto  
Se arrojó por la ventana:  
Muza la recoge y pone  
De su caballo á las ancas.  
Viéronse en terrible aprieto,  
Porque los moros se arman,  
Y salen á defendelles  
Que de la ciudad no salgan:  
Pero luego que conocen  
Al bravo de Calatrava,  
Y que es el valiente Muza  
Quien le sigue y acompaña,  
Dejan la plaza y las calles,  
Y vanse luego á la Alhambra,  
Y ellos su vuelven contentos  
Adonde su gente aguarda.

(Romancero general.)

## 104.

AMORES DE MUZA.—XIX.

(Anónimo.)

De aljófar grande y cuajado  
Sobre tela de oro y seda,  
Entre rubies y esmeraldas  
Hechas ahorradas tarjetas,  
Que unas llevan camafeos,  
Otras muy preciosas piedras,  
Otras llevan escorpiones  
De á seis y siete cabezas;  
Los campos de la labor  
Que los revoltones cierran,  
Son pequeños corazones  
Cada uno con tres saetas;  
Los frisos de cada parte  
Dos enlazadas cadenas,  
Hechas de oro de martillo,  
Que toda la laborean;  
De unos dorados cabellos  
Que las tinieblas destierran,  
Hechas de varias labores  
Unas muy curiosas trenzas:  
Cabellos, labor y lazos  
Esmaltan catorce letras,  
Que dan bien claro á entender,  
Que dicen: «La dura ausencia».  
Sobre esta marlota azul  
Todo esto Bernardo lleva,  
Y el campo de la marlota  
Lleno de nubes y estrellas,  
Que alrededor de un topacio  
Engastado en oro y perlas,  
Ocho puntas de diamantes  
Lleva cada una de ellas:

Las nubes eran de plata  
Con espantosas cometas.  
Por encima del tocado  
Una media luna lleva,  
Por ser cosa mas movible,  
Que ciñe el cielo y esfera,  
Y motejar á Daraja  
Ser movible en lo que muestra,  
No por Bernardo el galan,  
Mas de Muza por quien entra  
A correr cañas y toros  
Y solemnizar la fiesta.

(Romancero general.)

<sup>1</sup> Este romance puede enlazarse con otro de Bernardo del Carpio, en que se supone que fué á Granada y contrajo amistad con otro Muza, sin duda diferente del hermano del Chico, que es el héroe de estos romances.

## ROMANCES DE REDUAN.

## 105.

REDUAN.—I.

(Anónimo.)

Con dos mil ginetes moros  
Reduan corre la tierra,  
Todos los ganados roba,  
Y amenaza las fronteras:  
De los muros de Jaen  
Reconoce las almenas,  
Y entre Ubeda y Andújar  
Pasa como una saeta.  
«Y las campanas de Baza  
Alarma tocan apriesa.»  
Con tanto silencio pasan,  
Que parece que concuerdan,  
Con lo mudo de las trompas,  
Los relinchos de las yeguas;  
Pero al fin las atalayas,  
Que estaban á trechos puestas,  
Con las hachas encendidas  
Unos á otros se hacen señas,  
«Y las campanas... etc.»  
Favoréceles la noche  
Con sus confusas tinieblas,  
Pero son tantos los fuegos  
Que por todas partes dejan  
En las malogradas mieses  
Y en las humildes chozuelas,  
Que sirven de luminarias  
De tan lastimosas fiestas.  
«Y las campanas... etc.»  
Al no pensado rebato  
Se levantan y se aprestan  
Caballeros con sus lanzas,  
Peones con sus ballestas.  
Los hidalgos de Jaen,  
De Andújar la gente buena,  
Y de Ubeda los nobles,  
Todos hacen de sí muestra.  
«Y las campanas... etc.»  
Abre el sol las del oriente,  
Y los cristianos sus puertas:  
Vienen á juntarse todos,  
Poco mas de media legua,  
Y puestos en son confuso  
El eco y aire resuenan  
Armas, pifaros y cajas,  
Relinchos, voces, trompetas;  
«Y las campanas de Baza  
Al arma tocan apriesa.»

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos Romances, 1.ª parte.)

<sup>1</sup> También este romance pudo colocarse entre los moriscos fronterizos pertenecientes á asuntos históricos de la época de los Reyes Católicos.

106.

REDUAN. — II.

(Anónimo.)

Pues que te vas, Reduan,  
A las fiestas de Pisuerga,  
Mas por lo que tú te sabes,  
Que por hallarte en las fiestas;  
Si acaso jugares cañas,  
Para que saques por letra,  
Tres sinrazones te escribo,  
Si hay quien escribirlas pueda.  
Hoy te vas, ayer viniste,  
Como si venido hubieras  
A engañarme solamente,  
Pues me engañas y me dejas.  
Dices que vas a jugar,  
Yo creo que siempre juegas;  
Lo que ganas, tú lo sabes,  
Lo que pierdes, es sin cuenta.  
Granjeas el ofender,  
Que el engañarme es ofensa:  
Si se pierde en consentirla,  
Se pierde mas en hacerla.  
Engañasme con decir  
Que a las fiestas vas por fuerza:  
Si algo supieras de amor,  
Yo sé que por fuerza fueras!  
Dos moras allí te aguardan,  
Que cada cual de ellas piensa  
Que sola te da cuidado,  
Y que solo vas a vella.  
Yo vine solo a saber,  
Para que por todas sienta,  
Que me desengañes presto,  
Y que te debo mas que ellas.  
No puedes satisfacerme,  
Aunque poderoso en rentas,  
Que un alma de firme fe  
Mas que el mundo vale y pesa:  
Solo pudieras pagarme  
Con dejarme en recompensa  
La tuya, que está en mil partes  
Hecha piezas, y en ti entera.  
He venido solo a ser,  
A donde de nuevo pruebas  
El hacer nuevos engaños  
Para sinrazones nuevas.  
Véngume el cielo de tí,  
Que si el cielo no me venga,  
Tienes mil almas hurtadas,  
Y no bastará la tierra.  
Plegue a Alá que en el camino  
Nunca su sol te amanezca,  
Y que la luna se esconda  
Para que el camino pierdas:  
Que tropiece tu caballo,  
Y tus espuelas se pierdan,  
Que el caballo mas brioso  
No caminará sin ellas;  
Y que si no se perdieren,  
Cuando le piques, no sienta,  
Y que los pasos que diere,  
Todos hacia atrás se vuelvan.  
Si te defiende la noche,  
Que la noche es tu defensa,  
Por ser gran madre de engaños,  
Y abrir a los tuyos puertas;  
Cuando a la vista llegares  
De aquellas dos moras bellas,  
Conócante el alma falsa,  
Y burlense y no te crean.  
Menospreciente por otro  
Que de casta infame sea,  
Que si te dejan por otro,  
No dirán que te desprecian:  
Y si en las fiestas entrases,  
Se vuelvan las burlas véras

Y tu adarga sea de vidrio,  
Y el brazo de blanda cera;  
Y entre las ligeras cañas  
Te arrojen lanzas secretas  
Que el corazon te atraviesen,  
Porque como matas mueras.

(Romancero general.)

107.

REDUAN. — III.

(Anónimo.)

« ¡ Diamante falso y fingido,  
Engastado en pedernal!  
¡ Alma fiera en duro pecho,  
Que ninguna fiera es mas!  
¡ Lijero como los vientos,  
Mudable como la mar!  
¡ Inquieto como el fuego  
Hasta hallar su natural!  
¡ Si las lágrimas que vierto  
Fueran lenguas para hablar,  
Injurias me faltarian  
Para culpar tu maldad!  
¡ Qué injurias podré decirte!  
Mas no te quiero injuriar,  
Porque al fin quien dice injurias  
Cerca está de perdonar.  
A todas dices que son  
Las que contento te dan,  
Para tu gusto mentira,  
Y que yo soy tu verdad;  
Y con esto piensan todos  
Que debo a tu voluntad  
Cuantos caminos emprendes  
Para que te deba mas.  
¡ Si como yo conociesen  
Tu condicion natural,  
A otro blanco mirarian,  
Adonde tus flechas van!  
Yo sé, traidor, que estas quejas  
Muy poca pena te dan,  
Porque al fin quien dice injurias  
Cerca está de perdonar.  
Cansado estoy, enemigo,  
De sufrir y de llorar  
Causa ajena y propios daños,  
Tu placer y mi pesar.  
Mis enemigos acoges,  
Porque al fin conoces ya  
Que cuando no puedan obras,  
Palabras me matarán.  
Sospechas dudosas fueron  
Causa de todo mi mal;  
Y celos averiguados  
Convaleciéndome van.  
Al cielo quiero dar voces;  
Pero mejor es callar,  
Porque al fin quien dice injurias  
Cerca está de perdonar.»  
Así Fátima se queja  
Al valiente Reduan,  
En el jardin del Alhambra  
Al pié de un verde arrayán.  
El moro que está sin culpa,  
Aunque no sin pena está,  
Asíóle la blanca mano,  
Y así la comienza a hablar:  
— Cesad, hermosas estrellas,  
Que no es bien que lloreis mas,  
Que si a mí me llamais piedra,  
En piedras haceis señal;  
Y no penseis que me agravio  
De injurias que me digais,  
Porque al fin quien dice injurias  
Cerca está de perdonar.

(Romancero general.)

108.

REDUAN. — IV.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

De léjos mira a Jaen,  
Con vista alegre y turbada,  
El valiente Reduan  
Que prometió de ganalla.  
Con los ojos la pasea,  
Y en todas partes la halla  
Cercada de muros fuertes  
Que enflaquecen su esperanza.  
Mira la encumbrada roca,  
De altas torres coronada,  
Cuya altura le parece  
Que a las estrellas llegaba.  
Los ojos puestos en ella,  
Grave congoja en el alma,  
Dando un gran suspiro el moro,  
A la bella ciudad habla:  
— ¡ Ay Jaen, cuánto me cuesta  
No haberte tenido en nada,  
Y ser mas largo de lengua  
Que de ventura y de lanza,  
Pues di con loca osadía  
A mi rey la fe y palabra  
De acabar en una noche  
Lo que en un siglo no basta!  
Hallo ahora mi persona  
A lo imposible obligada,  
Pues es mas cierto el perderme,  
Que darte a mi rey ganada:  
De dó vengo a conocer  
Ser verdad averiguada,  
Quien presto se determina,  
Arrepentirse a la larga;  
Y de arrepentirme tarde  
Será mi muerte temprana,  
Pues he de entrar en Jaen,  
O he de salir de Granada;  
Y es lo que mas me lastima,  
Que prometí a Lindaraja  
De no volver a sus ojos  
Sin ser la empresa ganada.—  
Y volviéndose a sus moros,  
Consejo les demandaba;  
Cinco mil eran de guerra,  
Todos de lanza y adarga.  
Dicen que es la tierra fuerte,  
De muro y torre cercada,  
Y muy fuertes caballeros  
Los que dentro de ella estaban;  
Y que en pérdida tan cierta,  
O en tan dudosa ganancia,  
La mas segura fortuna  
Es no llegar a tentalla.

(Romancero general.)

109.

REDUAN. — V.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Resuelto ya Reduan  
De hacer su palabra buena,  
Arremete hacia Jaen  
Una mañana serena,  
Al son de una clara trompa  
Que por el aire resuena,  
Con ruido semejante  
Al cielo cuando atruena,  
Sobre un lijero caballo  
Que blandamente se enfrena,  
Juntando el cuento y la punta  
De una lanza como entena,  
Sin aguardar a su gente

Que de seguille está agena,  
Porque su temeridad  
Toda junta la condena.  
Estando cerca del muro,  
Creyendo de la melena,  
Tener presa la fortuna,  
Que al fin cumple lo que ordena  
Salió una furiosa jara  
Por entre almena y almena,  
Que dió muerte a Reduan,  
Y a Jaen sacó de pena:  
Y mientras del cuerpo el alma  
Se aparta y desencadena,  
Dijo con voz lamentable,  
Tendido en la seca arena:  
« Gloria fuera, Lindaraja,  
Morir, mas no entre cristianos,  
Sino en parte dó tus manos  
Me hicieran la mortaja:  
Que cosa es muy conocida,  
Que si de esta suerte fuera,  
Aunque mil veces muriera,  
Mil veces me dieras vida.  
Yo no llevo en esta muerte,  
Lindaraja, algun pesar,  
Por a Jaen no ganar,  
Sino por solo perderte:  
Y aun temo, que el que en rehenes  
Te tiene, habrá de gozarte,  
Y estimará mas ganarte,  
Que ganar dos mil Jaenes.  
Mas si Mahoma algun bien  
Me tiene de hacer, le ruego,  
Que esté mas fuerte a su ruego,  
Que para mí fué Jaen;  
Y pues la muerte me ataja,  
Cúmplase ya mis deseos,  
Y en los campos Eliseos,  
Te aguardo, mi Lindaraja.»

(Romancero general.)

<sup>1</sup> Se halla en el mismo caso que indica la nota del anterior.ROMANCES DE BOABDIL Y DE ZARA SU ESPOSA<sup>1</sup>.

110.

BOABDIL Y ZARA. — I.

(Anónimo.)

La libre Zara, que tiempo  
No les dió para quejarse  
A mil lastimados pechos,  
Ya esparce quejas al aire.  
La que tuvo un rey por suyo,  
Tan discreto como afable,  
Sino amara por ser rey  
Mudanzas y novedades,  
Sentida de ellas, acusa  
La causa de donde nacen,  
De su punto menosprecio,  
Y del mismo infamia grande;  
Que un rey, ejemplo de todos,  
En su condicion mudable,  
El fin que de sí promete  
Es dar principio a desastres.  
— Quisete, dice, enemigo,  
Porque amando me obligaste,  
Si puede reinar amor  
En pechos tan desiguales.  
Los que vieron que pasabas  
A menudo por mi calle,  
Como no te acuerdas de ella  
Han dado en maravillarse.  
Sospechan que te sucede  
Lo que a los falsos amantes,  
Que es el cumplir sus deseos  
De los amores remate:  
Que pensar que es porque importa

Que los reyes se recaten,  
Tras tan largas apariencias,  
Llegó el recato muy tarde;  
Pero de que el poco tuyo  
Eches de ver, no te espantes,  
¡Que el ser tan poco, me cuesta,  
Lo que no podrás pagarme,  
Pues diste causa á las lenguas  
De hartos moros principales,  
Porque tú no se las cortas,  
De ofenderte y agraviarme!  
¡Mas bien te conocen todos,  
Y que corta mas se sabe  
La agudeza de la tuya  
Que los filos del alfanje!  
Señales de que te precias  
De galan entre galanes,  
Mas que de rey que castiga  
Livandades semejantes:  
Y en fin, como te conoces  
Cargado de culpas graves,  
Dejaste de verme al punto  
Que de ser firme dejaste.  
Mas quien ha tenido lengua  
Para no decir verdades,  
¿Cómo es posible que tenga  
Ojos para visitarme?  
No siento el dejar de verte  
Por el gusto de mirarte,  
Que no mueve gentileza  
Que cubre tantos azares.  
Eres cual campo florido  
Donde suelen albergarse  
Mil serpientes ponzoñosas,  
Homicidas de ignorantes;  
Pero á la reputacion  
Que corrompen obras tales,  
Importaba que acudiera  
El pecho de donde nacen;  
Que á no ser de que me veas  
El fruto tan importante,  
Mas me alegrara la nueva  
Que tengo, de que te apartes.  
Anda la corte revuelta,  
Revueltas las voluntades,  
Que de su amistad estrecha  
No es posible que se aparten.  
Si te dejaren los tuyos,  
No hay de qué maravillarte,  
Qué al rey que no guarda fe  
Bien es que le desamparen.

(Romancero general.)

## 111.

BOABDIL Y ZARA. — II.

(Anónimo.)

En la reja de la torre,  
Por donde la bella Zara  
Dió un tiempo favor á un rey,  
Labrando estaba una banda.  
Cuatro labores á trechos  
En la rica labor gasta,  
Alternando plata y oro,  
Entre seda azul y nácar:  
No para empresa de moro,  
Que jamas quiso alabarla,  
Sino una que le dió  
Ella al Rey, y el Rey á Zaida,  
Que bastara solo aquello  
A dar puerta á mil mudanzas,  
Sin la que ella ha visto de él,  
Tan mal puesta ante su cara:  
Y así no pone los ojos  
En las labores que labra,  
Porque da cuenta á Dalife,  
Secretario de sus ansias.  
—Bien sabes, Dalife, dice,

Cómo están sacrificadas  
Las memorias de mis gustos  
Con muy evidentes causas,  
Y cómo convierto en humo  
Las reliquias de mis gracias,  
Pues las quemó casi el fuego  
De un rey con falsas palabras.  
No lo digo porque entiendas  
Que en mi nobleza hizo mancha;  
Que un rey, ni todos los reyes,  
Para mancharla no bastan;  
Que aunque él para mí sea rey,  
Seré yo para él infanta,  
Que baste á hacer fermentido  
A quien quisiere mancharla:  
Ni ménos porque colijas  
Que me quema en las entrañas  
Este fuego de los celos,  
Que tantos pechos abrasa;  
Sino solo porque adviertas,  
Si has dado palabra á damas,  
Que no importa que la guardes,  
Pues los reyes no la guardan;  
Aunque en noble cortesia  
A cualquiera es de importancia  
Que la palabra se cumpla  
A quien se diere, aunque falsa  
Principalmente á mujeres,  
Pues tan fácilmente cambian  
Lo que se cumple con ellas,  
Cuanto mas lo que les falta.  
No digo que no le quise  
Por mil razones fundadas,  
Que fuera de ser el Rey  
Las muestra muy á la clara.  
Es muy galan y discreto,  
Compuesto en su trato y habla,  
Es grave donde conviene,  
Y muy afable entre damas:  
Y si por esto le quise,  
Por esto mismo me agravia  
Su mudanza á que le olvide,  
Y le aborrezco en el alma;  
Y si la mora á quien sirve  
Es de un general hermana,  
Yo lo soy de quien gobierna  
A su Granada y mi patria.  
Bien sabes que mis parientes,  
Por respeto mio, se holgaban  
De acreditar su nobleza,  
Y guardarle las espaldas;  
Y lo que en este suceso  
Me maravilla y espanta;  
Es, que no advierte en razon  
Obra que importa á su fama;  
Que aunque es rey, es solo uno,  
Y los hijos de Granada  
Son mas, y sin ser mis deudos,  
Ver que sin ellos no es nada.  
La ataja Dalife luego,  
Diciendo: —Zara, ya basta,  
Que diré que no son quejas,  
Sino celos que te dañan;  
Que la culpa no fué tuya,  
Ni de mudable te cuadra  
El nombre, aunque todo el mundo  
Por fe y Alcorán se guarda;  
Mas no te podré negar  
Que es justo estés enojada,  
Pues la mora á quien visita,  
Los pasos de amor le ataja,  
Como tú los atajaste  
Por el voto de ser casta,  
Que teneis hecho á Mahoma  
En su mezquita sagrada,  
A cuya causa vivís  
En vuestras torres cerradas,  
Cada una de por sí,  
Con mucha clausura y guarda;

Que por eso supo el vulgo  
Tan claro, que el Rey te amaba,  
Pues en tu torre á menudo  
Con véras te visitaba,  
Y por no poder salir  
A ver los toros ó cañas,  
Te enviaba por servirme,  
Músicas, tragedias, zambras.  
Déjale, Zara, si quieres,  
Que es procurar poner tasa  
A los hombres en sus gustos,  
Y á las corrientes del agua;  
Que si sabe una mujer  
Que un hombre firme la ama,  
Confiada en la firmeza,  
Por momentos idolatra.  
Aun les parece que es poco,  
Que á mas llega su arrogancia,  
Que lo que es poco aniquilan,  
Y lo que es mucho amenazan.  
Dime; Zara, las colores  
Que son tuyas y te agradan;  
Dejemos estas razones,  
Pues lo mejor es dejarlas.—  
Quiso responder la mora;  
Mas entró entónces un'aya  
A decirle, que entre luego  
A la cuadra, que le aguardan.  
Partióse luego Dalife,  
Quedando ella algo turbada:  
Tomó el aya la labor  
Y entróse luego á la cuadra.

(Romancero general.)

Este verso no se sabe lo que quiere decir.

## 112.

BOABDIL Y ZARA. — III.

(Anónimo.)

La mañana de San Juan  
Salen á coger guirnaldas,  
Zara, mujer del rey Chico,  
Con sus mas queridas damas,  
Que son Fátima y Jarifa,  
Celinda, Adalifa y Zaida,  
De fino cendal cubiertas,  
No con marlotas bordadas:  
Sus almaizales bordados,  
Con muchas perlas sembradas,  
Descalzos los albos piés,  
Blancos, mas que nieve blanca.  
Llevan sueltos los cabellos,  
No como suelen tocadas,  
Y mas al desden la Reina,  
Por celosa y desdenada;  
La cual llena de dolor  
No dice al Rey lo que pasa,  
Ni quiere que en la ocasion  
Su pena sea declarada.  
Estando de varias flores  
Las moras ya coronadas,  
Con lágrimas y suspiros  
A todas la Reina habla:  
—Quise, Fátima, juntaros,  
Porque sois amigas caras,  
Para quejarme á las tres  
De cómo me trata Zaida,  
Cuya hermosura pluguiera  
A Alá que no la criara,  
Pues en ella está mi daño  
Presente de cara á cara.  
Sabréis como el Rey la quiere  
Mas que á la vida y el alma,  
De do resulta mi daño,  
Pues veis con él soy casada;  
El cual no creo que sabe  
Que sé de esto lo que pasa,  
Antes entiendo lo sufre

Receloso de enojalla.—  
Responde sin detenerse  
Zaida, perdida y turbada,  
Y á veces con el color  
Que tiene la fina grana:  
—Si acaso no se supiera  
Quién soy por toda Granada,  
Dañáranme tus locuras,  
Mujer inconsiderada.  
Jamás, Reina, me has creído  
Antes escudriñas causas,  
Mas para mi mal durables,  
Que lo son para tus ansias.  
Doite bastantes razones,  
Y tan bastantes, que basta  
Creer que no son creidas,  
Aunque las ponga en la plaza:  
Y en ellas te digo, Reina,  
Que no fueras coronada,  
Que no me es mas ver al Rey  
De que á ti celosa airada.  
Si piensas que tu corona  
Codicio, estás engañada;  
Déjame ya si te place,  
O saldréme de Granada.—  
Pero el Rey que no dormía,  
Antes bien las escuchaba,  
Sale diciendo que callen,  
Con voces muy alteradas.  
La Reina que lo conoce,  
Encubrió el estar turbada,  
Y con un aplauso afable  
Le recibe, y así habla:  
—Nunca suelen los galanes  
Entrar donde están las damas  
Sin que primero licencia  
Por ellas le sea otorgada.—  
El Rey le replicó luego:  
—A mi nunca me es vedada,  
Ni ha de ser donde estais vos  
Y donde están vuestras damas.—  
—Los reyes todo lo pueden,  
Respondió la Reina airada,  
Y también sé yo que tienen  
Algunos dobles palabras.—  
El Rey gustó de callar  
Porque la vido enojada,  
Y metiendo otras razones  
Se fuéron para el Alhambra.

(Romancero general.)

4 Célebre, alegre, libre y placentera fué siempre entre los moros y cristianos españoles la velada de San Juan Bautista. Inoculadas las costumbres de ambos pueblos, los moros fueron mas galantes, y los españoles mas celosos que lo eran antes de mezclarse y de tratarse. En las noches de velada de alguno de aquellos santos que disfrutaban esta preeminencia, pero en particular en la de que tratamos, por ser comun á amigos y enemigos, rompíanse los cerrojos, caíanse los candados, descorríanse las celosías, abríanse las puertas y ventanas, descuidábanse los celosos, y todos confundidos en las praderas y en sitios campestres gozaban de libertad. La doncella, la casada, la viuda, podían al aire libre, si las tenían, gozar de sus intrigas amorosas con ménos recato al ménos que en otras circunstancias. Y no se crea que estas fiestas eran unas saturnales: casi siempre el amor, legitimo ó no, se expresaba ó manifestaba por medios delicados, pues aun cuando los Argos celosos estaban adormecidos, el escándalo, la falta de recato ó de prudencia, los despertaba armados de puñales, de dogales ó de venenos. No solo las historias, las novelas, los romances, las canciones populares, y las comedias españolas se esmeran en pintar la alegría, las galanterías de estas fiestas generales, sino que tambien retratan con viveza muchas de las trágicas escenas á que el menor descuido daba lugar, entre hombres cuyo ídolo era el pundonor, y que jamas perdonaban un hecho que aun levemente pudiera mancharle. Aunque la velada de San Juan ha perdido en las poblaciones grandes gran parte de su interes, aun conserva mucho en las aldeas y pueblos campestres. Todavía se ven en ellos vestigios de lo que fué. Los jóvenes labriegos y pastores corren las calles y las praderas cantando coplas y dando música á sus novias; todavia enraman las ventanas de sus queridas con flores y ramas de frutales; todavia las muhachas acechan en las rejas la primera palabra que oyen-

para adivinar por ella si está lejano ó próximo el día de tener un novio, ó si el que tienen les será fiel y llegará á ser su esposo; todavía echan la clara de un huevo en un vaso de agua cristalina para obtener á la media noche la figura de un navio que juzgan ha de formarse milagrosamente bajo la protección del Santo. Y no se crea que esta fiesta encantadora se celebró solamente en bellos versos por los antiguos poetas; entre los modernos ha servido, y sirve aun de asunto ó inspiración llena de un dulce sabor inexplicable. Melendez, Iglesias y otros muchos poetas, la celebran en sus versos, acaso no los menos blandos, suaves y apacibles que compusieron, como puede verse en sus obras.

ROMANCES NOVELESCOS SOBRE LA PERDIDA DE ANTEQUERA Y LOS AMORES DE BOABDIL Y VINDARAJA<sup>1</sup>.

113.

BOABDIL Y VINDARAJA<sup>2</sup>. — I.  
(De Lucas Rodríguez.)

Con los francos Bencerrajes  
El rey Chico de Granada  
Estando en Generalife  
Una muy fresca mañana,  
Gozando del fresco viento,  
Y viendo correr el agua,  
Mirando está los frutales,  
Sus verdes hojas y plantas,  
Oyendo á los ruiseñores  
Su música concertada,  
Viendo á los moros y moras  
Tañer y bailar la zambra.  
Los moros enamorados  
A sus moras dan guirnaldas;  
Y cuando aquestos placeres  
A todos mas gusto daban,  
Por una verde espesura  
De arboledas bien plantada,  
Vido un moro de á caballo  
Haciendo grande algazara,  
Con vestido turquesado  
Y almalafa plateada:  
El alfanje trae desnudo,  
La barba toda mesada,  
Con el tocado deshecho  
Y sin lanza y sin adarga.  
Sospirando viene el moro  
Que se le arrancaba el alma:  
Heridas trae de muerte,  
Y la cara ensangrentada:  
Y llegado junto al Rey  
Del caballo se arrojaba.  
Hincándose ha de rodillas  
Sin poder hablar palabra;  
Sacó una carta del seno  
Con once sellos sellada,  
Y besándola tres veces  
En su mano al Rey la daba.  
El Rey la estaba leyendo,  
Y antes que fuese acabada,  
Llora, lamenta y sospira,  
Y al fin della se desmaya;  
Y vuelto del parasismo  
Desta manera hablaba:  
— No lo he por Antequera,  
Aunque haya sido ganada;  
Pésame que me han robado  
Divinas joyas del alma.  
¡Vindaraja, amiga mia!  
¡Oh mi linda Vindaraja!  
Si estás muerta, si estás viva,  
O si estás aprisionada,  
O si estás entre cristianos,  
No te me vuelvas cristiana,  
Que este captivo que tienes  
Trocará por tí el Alhambra. —  
Y estas palabras diciendo  
Mandó el Rey tocar alarma.

(Rodríguez, Romancero historiado.)

<sup>1</sup> Los romances históricos de la pérdida de Antequera por

los moros, y su conquista, se han colocado entre los de su clase.

<sup>2</sup> En los varios romances de diversos autores aquí insertos, unos llaman á esta mora Jarifa, y otros Narcisca; para uniformarlos hemos adoptado el nombre de Vindaraja, que se le da en este.

114.

BOABDIL Y VINDARAJA. — II.  
(Anónimo.)

En Granada está el Rey moro,  
Que no osa salir della:  
De las torres del Alhambra  
Mirando estaba la vega;  
Miraba los sus moriscos  
Cómo corrian la tierra:  
El semblante tiene triste;  
Pensando está en Antequera;  
De los sus ojos llorando  
Estas palabras dijera:  
— ¡Antequera, villa mia,  
Oh quién nunca te perdiera!  
Ganóte el rey Don Fernando,  
De quien cobrar no se espera!  
¡Si le pluguiese al buen Rey  
Hacer conmigo una trueca,  
Que le diese yo á Granada  
Y me volviese á Antequera!  
No lo he yo por la villa,  
Que Granada mejor era;  
Sino por una morica  
Que estaba de dentro della,  
Que en los días de mi vida  
Yo no vi cosa mas bella.  
Blanca es y colorada,  
Hermosa como una estrella;  
Sus cabellos son mas que oro,  
Que el oro dellos naciera;  
Las cejas arcos de amor,  
De condicion placentera;  
Dos saetas son sus ojos  
Que en mi corazón pusiera:  
Sus manos Deyfebo<sup>1</sup> son;  
No fué mas graciosa Elena.  
¡Ay morica! que mi alma  
Presa tienes en cadena! —  
(TIMONEDA, Rosa de amores. — II. WOLF, Rosa de Romances.)

<sup>1</sup> De Febo querria decir, ó de Deyfebo.

115.

BOABDIL Y VINDARAJA. — III.  
(De Juan de Timoneda.)

Suspira por Antequera  
El Rey moro de Granada:  
No suspira por la villa,  
Que otra mejor le quedaba,  
Sino por una morica  
Que dentro en la villa estaba;  
Blanca, rubia á maravilla,  
Sobre todas agraciada:  
Deziseis años tenia  
En los dezisiete entraba;  
Crióla el Rey de pequeña,  
Mas que á sus ojos la amaba,  
Y en verla en poder ajeno  
Sin poder ser remediada,  
Suspiros da sin consuelo,  
Que el alma se le arrancaba.  
Con lágrimas de sus ojos  
Estas palabras hablaba:  
— ¡Vindaraja! de mi vida!  
¡Ay Vindaraja del alma!  
Enviéte mis cartas yo  
Con el alcaide de Alhambra,

Con palabras amorosas  
Salidas de mis entrañas,  
Con mi corazón herido  
De una saeta dorada.  
La respuesta que le diste:  
Que escribir poco importaba.  
Daria por tu rescate  
Almería la nombrada.  
¡Para qué quiero yo bienes  
Pues mi alma presa estaba?  
Y cuando esto no bastare  
Yo me saldré de Granada;  
Yo me iré para Antequera  
Donde estás presa, alindada  
Y serviré de captivo  
Solo por mirar tu cara<sup>2</sup>.

(TIMONEDA, Rosa de amores. — II. WOLF, Rosa de Romances.)

<sup>1</sup> En el romance dice: Narcisca.

<sup>2</sup> Se halla tambien este romance con variantes, y no tan completo, en un pliego suelto intitulado *Historia del moro Abindarraez*, etc.

116.

BOABDIL Y VINDARAJA. — IV.  
(De Pedro de Padilla.)

En la villa de Antequera  
Cautiva está Vindaraja<sup>1</sup>.  
La mora que mas queria  
El rey Chico de Granada.  
Siente tanto verse presa,  
Que nada la consolaba,  
Porque el cuerpo en Antequera  
Tiene, y en Granada el alma;  
Que si el moro la queria,  
Ella mas que á sí le amaba.  
Cien mil años le parece  
Cada momento que tarda  
El rescate que se habia  
De dar, para libertalla;  
Porque de aquello imagina  
Que la tienen olvidada,  
Que de cualquier niñería  
Lo sospecha el que bien ama.  
Por certificarse de esto  
Al Rey escribe una carta  
Dándole en ella á entender  
Lo que en la prision pasaba,  
Y con un moro la envía,  
Que era alcaide del Alhambra  
Y de paz vino á Antequera  
Solo á saber como estaba.  
El Rey la carta recibe,  
Y antes de abrilla temblaba,  
Y cuando la tuvo abierta  
A leerla comenzaba:  
Vió que Vindaraja en ella  
De esta suerte se quejaba.

Carta de Vindaraja.

La cautiva desdichada,  
Libre un tiempo, y venturosa  
En ser de tí tan amada,  
Te escribe muy temerosa  
De que estará ya olvidada:  
Aunque no puedo creer  
Que esté apagada esa llama;  
Mas no deja mi querer  
De recelar y temer,  
Que es ordinario en quien ama.  
Para la desconfianza,  
Amando, no hay resistencia,  
Ni segura confianza,  
Que al fin, olvido y mudanza  
Son condiciones de ausencia,  
Y yo no puedo de tí  
Estar muy asegurada,

Que hay muchas moras ahí  
Por quien me trueques á mí,  
Si no me tienes trocada.  
Y si lo debo de estar,  
Pues tanto tiempo has tardado  
De enviar á rescatar  
La que ha sus ojos tornado  
Fuentes, por tí, de llorar:  
Tanto no me descuidara  
Si te viera yo á tí preso,  
Que si hacienda me faltara  
Para librarte, confieso  
Que con sangre te comprara.  
Si soy de tí tan amada  
Como fui, Rey y señor,  
Sea luego rescatada,  
Que ya sabes que el amor  
No sufre descuido en nada.  
Y sospechar me haria  
Si mas que el pasado hubiese,  
Que tu fe no es cual solia,  
Y el punto en que lo creyese  
El de mi muerte seria.

No consideres mi muerte  
Porque te haria olvidarme,  
Sino que supe quererte,  
Y te preciaste de amarme,  
Como yo de obedecerte.  
Y sea esto tanta parte,  
Que de esta prision tan brava  
Salga yo libre á gozarte,  
Pues librarás una esclava  
Que ha sido reina en amarte.  
Que aunque trabajosa y fuerte  
Es de sufrir mi prision,  
Todo mi mal es no verte,  
Y esta sola es la pasión  
Que podrá darme la muerte.  
Y no es bien que los enojos  
Del vivir me desposean  
Sin que primero estos ojos  
En tu presencia se vean  
Gozando alegres despojos.  
Mira que tarde y mañana  
Estos que conmigo están  
Creyendo que soy liviana  
Cuanto quisiere me dan  
Porque me vuelva cristiana;  
Y yo llorando les digo  
Que jamás no dejaré  
Esta ley que tengo y sigo,  
Y mucho menos la fe,  
Que tuve y tendré contigo.

Prosigue la historia.

Esta carta de su dama  
Habiendo el moro leído,  
Arrimado á una ventana  
Quedó fuera de sentido,  
Y despues que volvió en sí  
Tinta y papel ha pedido,  
Porque Vindaraja entienda  
Que no la ha puesto en olvido,  
Sino que aumentaba ausencia  
La fe que le habia tenido.  
Cuándo dió lugar la pena  
Al corazón afligido  
Para mostrar el dolor  
Que de su mal ha sentido,  
En respuesta de su carta  
Esto el moro ha respondido.

Carta del Rey.

Grande agravio se le ha hecho,  
Hermosa mora, á mi fe<sup>2</sup>,  
En imaginar que esté  
Aun de vivir satisfecho,  
Sin lo que en verte gocé.  
Oféndesme con temer  
Mudanza de mí, ni olvido;

Que donde amor ha cabido  
No puede olvido haber,  
Si no fué el amor fingido.  
Y con el que yo te quiero  
La misma imaginacion  
No llega á su perfeccion,  
Y así acabará primero  
Mi vida que mi aficion.

Y esta no me da licencia  
Para olvidarme de tí,  
Y siendo, señora, así,  
Son condiciones de ausencia  
Amor y firmeza en mí.

Y cuando aquesto no fuera,  
En mil mundos no hallara  
Otra por quien te trocara,  
Aunque aposta la hiciera  
El cielo, y su resto echara.

Que á los que te pueden ver  
Es bien fácil de juzgar,  
Que el cielo, con su poder,  
Ni tiene mas que hacer,  
Ni yo mas que desear.

Estoy muriendo sin verte,  
Porque de tu vista vivo,  
Y la vida que recibo  
Es la que me da el quererte,  
Que alivia el dolor esquivo.

Y en solo este pensamiento  
Se entretiene el alma mía,  
Y es el entretenimiento  
De suerte, que si un momento  
Me faltase, moriria.

Y si el Rey te me quisiese,  
Dulce amiga, rescatar,  
No me podria demandar  
Tanto como yo le diese,  
Por no dejarte penar.

Descuido ahora en mí no le ha habido,  
Ni el amor querrá otorgarme  
Licencia de descuidarme,  
Que á mí mismo me he ofrecido  
Por tí, si quieren llevarme.

Que de imaginar que tienes  
Tan triste imaginacion,  
Siente tanto el corazón,  
Que hasta saber que penes  
Para morir de pasion.

No deben de querer darme  
Tu persona, por saber  
Que esta sola podrá ser  
Ocasion para acabarme,  
La mayor que puede haber.

Y en eso tienen razon,  
Que si faltase esperanza  
De remediar tu prision  
Haria cierta esa pasion  
Mi muerte, y su confianza.

Que en tí me quitan la vida,  
Y el bien que puedo tener  
Es pensar que has de volver  
A ser de mí poseida  
Sin temerte mas perder.

Y esto se ha de efectuar  
Con brevedad segun creó,  
Y puédeste asegurar  
Que lo han de solicitar  
Por tí, mi amor y deseo.

Que este por momentos crece,  
Y si en amor tasa hubiera,  
Su término en mí tuviera;  
Que lo que tu ser merece  
No sufre que ménos quiera.

Y siendo, señora, así,  
Alma tan enamorada  
No se olvidará de tí:  
Déjame el cuidado á mí,  
Sin tenerle tú de nada.

Y deste tu esclavo fia,

Que fué Rey cuando te quiso,  
Que estará sin alegría,  
Hasta que su paraíso  
Goce en tí como solia.

Y pues que sabes que muero  
De la manera que mueres  
Espera como yo espero,  
Que de lo bien que te quiero  
Conozco lo que me quier es.

Y sé que no ha de ser parte  
La mucha importunidad  
Para poder olvidarte  
Del que nunca voluntad  
Tuvo, sino de adorarte.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesias.*)

<sup>1</sup> *Jarifa cautiva estaba*, dice el verso, pero se ha puesto en todo el romance el nombre de Vindaraja para uniformarle con el anterior, y que no se confunda esta mora con la Jarifa de Abindarraez.

<sup>2</sup> Dice el romance: *Dulce Jarifa á mi fe.*

## 117.

BOABDIL Y VINDARAJA.—V.  
(Anónimo.)

En la villa de Antequera,  
Cautiva está Vindaraja<sup>1</sup>  
La mora que mas queria  
El rey Chico de Granada.  
Siente tanto el verse presa,  
Que no la agradaba nada,  
No por el poco valor  
Que en el buen cristiano halla,  
Sino por temor y miedo,  
Que la han de llevar á Baza,  
Y que si á Baza la llevan  
La han de hacer tornar cristiana.  
Tomando tinta y papel  
Al Rey escribe una carta:  
No le escribe como á rey  
Sino como enamorada.

«¿Qué me sirve ser hermosa,  
»Y de tí, buen Rey, amada,  
»Si en aquestas ocasiones  
»Me tienes, Rey, olvidada?  
»Rescata el cuerpo á dinero,  
»Pues me tienes allá el alma;  
»Si por dineros me dejas,  
»Moros tengo yo en Granada,  
»Que por esta amante mora  
»Perderán la vida y alma.»

Contento estaba el rey Chico,  
Grandes fiestas ordenaba  
Por una carta que tiene  
De su amada Vindaraja:  
Mandó llamar á su alcaide  
De quien hace confianza,  
Y le dijo: — Buen alcaide,  
Impórtame que mañana  
Te partas para Antequera,  
Al rescate de mi dama:  
Llevarás cien doblas de oro,  
Y otra cantidad de plata;  
Cien caballos enjaezados,  
Bordados todos de plata.  
Traerásla como á reina,  
Pues es reina de mi alma.  
Por las tierras do viniere  
Corran toros, jueguen cañas,  
Hagan fiestas y torneos,  
Toquen clarines y cajas:  
Yo la saldré á recibir  
Legua y media de Granada  
Con toda mi casa y corte  
Para que entre mas honrada. —  
Luego se parte el alcaide,  
Y á Narvaez dió la carta:  
Desde que la hubo leido

Desde que la hubo leido

Estas razones le habla.  
— Anda vete, el moro perro,  
Anda y vuélvete á Granada,  
Y le dirás al rey Chico,  
Que si me da Vivarambla,  
Zacatin y Plaza nueva  
Y tambien las Alpujarras  
Comparadas con la mora  
No las estimo yo en nada. —

(Romances de varios y diversos autores.)

<sup>1</sup> Dice el romance: *Jarifa cautiva estaba.*

<sup>2</sup> Que por la linda Jarifa, dice el romance.

## ROMANCES DE CELIN, SEÑOR DE ESCARICHE.

## 118.

CELIN DE ESCARICHE.—I.  
(Anónimo.)

Por divertirse Celin  
Fiestas ordena en Granada,  
En desgracia del rey Chico,  
Y en ausencia de su dama.  
Secretas hace sus fiestas  
Con dos amigos del alma,  
Galanes y Abencerrajes,  
Hombres de palacio y plaza.  
Esta vez quiere atreverse  
A mil respetos y guardas,  
Solo por dar un buen día  
A tanto penar sin causa;  
«Que una prision muy larga  
»La vida gasta, y la paciencia acaba.»  
A la cristiana los viste  
De villanesca bizarra,  
Con tafetanes el rostro,  
Caperuzas, sayo y capa.  
Blanco, leonado, amarillo,  
Congojas sin esperanza,  
Dieron al disfraz colores  
Y memorias á Adilaja.  
Pensado lleva Celin  
De hacer famosas hazañas,  
Y dejar melancollas  
Que la buena sangre gastan;  
«Que una prision muy larga,  
»La vida pierde y la paciencia acaba.»  
Ya las yeguas y jaeces  
Van alterando á Granada;  
Todos dicen de Celin,  
¡Bravas justas! ¡bravas lanzas!  
No queda mora Cegri  
Que no se ponga á ventana,  
Y todas dicen, á ver  
El galan de las desgracias.  
Como saben ya su historia,  
Quisieran verle la cara,  
Que en las hazañas no miran,  
Porque ya saben las damas,  
«Que una prision muy larga  
»La vida gasta, y la paciencia acaba.»  
Para verle entrar de noche,  
Aunque viene á la cristiana,  
La puerta de Elvira encubre  
La hermosa del Alhambra.  
Allí tratan de aquel tiempo  
Que fué dichoso en Granada,  
Envidiado de mil moros,  
Y querido de mil damas:  
Otros cuentan en corrillos  
Los amores de Adilaja,  
Diciendo, que ya los dos,  
Ni se escriben ni se hablan;  
«Que una prision etc.»  
Como ven que no venia,  
Para la fiesta le aguardan,

## 119.

CELIN DE ESCARICHE.—II.  
(Anónimo.)

Celin, señor de Escariche,  
Y Aliatar, rey de Granada,  
Azarques y Abenumeayas  
Salen á juegos de cañas.  
Vandas blancas lleva el Rey,  
Color que su ser demanda:  
De esperanzas va vestido  
Que á mas le obliga Daraja.  
Por divisas tiene un cielo  
Con muchos cedros y palmas.  
De coronas, esta letra  
«Seguro estoy de mudanzas.»  
Los Abenumeayas todos  
Y los Azarques llevaban  
De encarnado las divisas  
Que un mar de desdichas baña.  
El muy bizarro Celin  
Por dar contento á su dama  
Entre las blancas marlotas  
Estrellas de oro sembraba,  
Y por dar seguro al Rey  
De lo que celoso estaba,  
Lleva pajizo el jaez  
Con campanillas de plata,  
Y en la adarga por divisa,  
Una azucena entre llamas  
Con una letra que dice:  
«Por ser fingidas no atrasano.»  
Advierte su letra el moro,  
Que tiene Aliatar cifrada,  
Y aunque no demuestra celos  
Celosas ansias le abrasan;  
Que quiere salir de extremo,  
O quedar sin vida en calma,  
Valiente, bravo y furioso  
Dando remate á las cañas.  
Trabóse la escaramuza  
De todas las cuatro escuadras,  
Ganando el bizarro moro  
Eterno renombre y fama.  
Alborotóles el juego  
La voz que les amenaza,  
Que quiere salir un toro  
De la inmutable Jarama.  
Dicen los Abenumeayas:  
— Ningun Azarque se parta. —  
El Rey se va á su balcon;  
Sola les deja la plaza.  
Celin, que á su desengaño  
Sola esta ocasion buscaba  
Con su acerado rejon  
Al toro en el coso aguarda.  
Tiene clavados los ojos  
En la que en el sol enclava;  
Conócese en el mirar  
Que tienen juntas las almas.  
Adalija se encubrió

<sup>1</sup> Por el postrer verso del último romance de Celin de Escariche, se deja presumir que todos se compusieron en elogio de algun duque de Alba.